

quisieran vivir en su compañía, añadiendo que tenía tres hijas preciosas y que no era casa de huéspedes.

Dos estudiantes de medicina, que le pagan ocho reales diarios y le dan una desazon cada media hora, fueron la consecuencia de las premisas expuestas en el *Diario de Avisos*.

Tenemos, pues, la familia compuesta de siete individuos, D. Pascual, doña Carmen su mujer y tres hijas, la mayor de veintidos años, llamada Pascualita; la segunda de veinte, á quien nombran Carmela, y de diez y siete la tercera, á quien en su casa llaman Concha, por parecerles demasiado largo su nombre que es Concepcion; y por último, los dos estudiantes, cuya edad nadie ha podido saber, pues no dicen la misma dos veces seguidas, pero que indudablemente no pasa de los veintitres ni baja de los veinte; uno de ellos se llama Ramiro y otro Claudio.

Una vez dada cuenta de los personajes, creo que habrás adivinado que habiendo diversidad de sexos, y juventud y alegría, debe haber algo de por medio... Efectivamente, los dos estudiantes están en relaciones amorosas con las dos niñas más pequeñas, haciendo rabiar á la mayor cada vez que ve que los pupilos de su mamá distinguen á sus hermanas.

Me parece estar viendo al lector aburrido que me pregunta:

—¿Y qué tiene que ver todo esto con el baile de candil que nos prometistes dibujar?

—Ten paciencia, querido lector, ten paciencia... «que todo se andará si el palo no se rompe.» y yo espero, Dios mediante, que mi palo, quiero decir, mi pluma, no se romperá tan fácilmente.

Por lo demás, no creo tengas ningun motivo para quejarte; no son muchos mis diseños y espero no tener en adelante más que dibujar... Pero dime, ¿si no te delinease mis principales tipos, cómo habias de hallar gracia en lo que ha de pasar despues?

Además, muchos pintores de gran reputacion abusan más que yo de tu paciencia, y si con estos, de quienes tienes derecho á exigir mucho, eres indulgente, sólo conmigo que tanto lo necesito, y vendrás en mi compañía al baile de D. Pascual, donde te introduciré, sin necesidad de presentarte ni anunciarte, y donde podrás con toda libertad divertirme ó aburrirme, pero siempre hacer una de las dos cosas.

Ya conocemos á todos los personajes.

Ramiro está en relaciones con Carmela y Claudio con Concha.

Pascualita se desespera y los papás procuran consolarla á la par que mimar á los dos Galenos en futuro... porque son bue-

nos pagadores y tal vez vengan con buen fin, que es el modo de venir que más agrada á las paternas autoridades.

Peró veo que vuelves á impacientarte, querido lector, y es necesario comenzar el cuadro.

Es el día de San Eugenio, 13 de Noviembre. La niña mayor cumple años en ese día, y con tal motivo los papás la han hecho un regalito, otro el marqués su padrino; las hermanas le han bordado un juego de puños y cuellos, y los dos huéspedes le han comprado un guardapelo de laton de un tamaño colosal que luce pendiente de una cinta que lleva atada al cuello y que produce el efecto de un collar con su correspondiente cascabel.

Para celebrar el natalicio, el papá ha cogido un saquito debajo del brazo, y embocado en su capita se ha marchado al Pardo para llenar el talego de bellotas, en tanto que la mamá, las niñas y los huéspedes preparan las habitaciones para el baile.

La casa es pequeña, pero fea.

La parte de delante, donde se verificará la recepcion, se compone de una sala pequeña y baja de techo, con un solo balcon, y un gabinete menos grande que la mitad de la sala y un poquito abohardillado.

El pavimento de la sala está cubierto con una estera de pleita y las paredes con una capa de yeso.

El mueblaje consiste en media docena de sillas de Vitoria con su correspondiente sofá, una consola construida en el reinado de Fernando VII, y sobre ella una gran coleccion de cajas que tuvieron dulces, y una porcion de juguetes de cristal de la fábrica de la Granja, no faltando alguna taza, jicara ó salsera de porcelana fina, y algun par de enjuagatorios de cristal azul; destacándose orgullosa en el centro como una reina entre todos aquellos cacharros de vidrio, una lámpara de idem blanco, alimentada con lucilina, cuyo foco luminoso lo es tambien de la sala, y cuyos rayos se reflejarán bien pronto en algunos pintados rostros, completando el menaje de la sala un piano de mesa regalo del ya citado marqués.

El gabinete tiene una sillera parecida á la de la sala; delante del sofá hay una camilla cubierta con un tapete verde, y debajo de ella presta su calórico un brasero de hierro. Todas las alcobas y camas están á disposicion de los convidados, que se sirven de ellas para colocar sus capas y sombreros, ó sus talmas y nubes segun el sexo.

El mueblaje del comedor es idéntico al del gabinete, con la única diferencia de que sobre la camilla hay una vela de sebo en un candelero de barro, dos botijos de San Isidro, y otros tantos vasos de vidrio para que los convidados amortigüen sus

ardores, y sobre la del gabinete esparce su luz un quinqué anti-diluviano alimentado con aceite.

¡Todo está ya arreglado!

Las niñas y la mamá hace ocho dias que se los pasan cruzando Madrid en todas direcciones para avisar á sus amigas que piensan reunirse unas cuantas idems á bailar, tocar y cantar.

Los dos pupilos tienen avisados á dos docenas de condiscípulos... La funcion promete ser animada.

Son las siete.

Todos los de la casa están ya arreglados.

Las niñas han dormido la noche anterior con los pelos envueltos en papeles, y han invertido cuatro horas en peinarse y vestirse, poniéndose más lazos y cintas que pollo en rifa.

Se oye un fuerte campanillazo que hace levantar á los siete como movidos por un resorte.

Todos se guardan las bellotas que habia sobre la mesa y que en dulce paz estaban comiendo, y uno de los estudiantes va á abrir la puerta, en tanto que los demás pasan al estrado.

Los que han llamado son: D. Blas, que sirvió en la Guardia real con D. Pascual y hoy está empleado en la Deuda; su señora doña Tecla, y sus niñas Amparo y Socorro. Quitanse los abrigos ayudados por los estudiantes, y entran en la sala con el mismo aire de triunfo que Isabel I en Granada.

Los reciben los señores y señoritas de la casa, y despues de unos cuantos recíprocos besos, se van las mamás al gabinete, los papás al comedor ó á algun pasillo, y las cuatro niñas con los dos estudiantes se quedan en la sala.

Corro un velo por no aburrirte hasta tener por completo dibujadas todas las figuras de mi boceto.

Son las ocho. Hay reunidos en la sala y gabinete, doble gente que la que buenamente cabe.

Todos gritan.

Las muchachas se sientan unas encima de otras, por falta de sillas y de local.

Los estudiantes fuman en la sala con toda confianza.

Las mamás juegan al tute, hacen calceta y desuellan al prójimo.

Los papás hablan de su juventud, del ministro y de los ascensos.

En un rincon hay media docena de muchachas, entre las cuales está una de las niñas de la casa, que se atracan de bellotas, hablan, se rien y gritan desafortadamente.

A su lado algunos discípulos de Hipó-

crates las meten la mano... en los bolsillos y las sacan bellotas que las ayudan á comer.

Uno de los estudiantes, pupilos de la casa, se acerca á una muchacha que sentada sobre otra se abanica con gran violencia, y la dice con afectacion cómica:

—Corre por ahí la voz de que sabe usted cantar unas *playeras*.

—No señor, contesta la interpelada, poniéndose colorada como una cereza.

—¡Oh, sí! Es que Vd. no quiere darnos gusto...

En esto llega una de las niñas de la casa, la cual apoyando la idea de su novio, consiguen que la niña acceda y les dé gusto, dirigiéndose sola al piano, donde despues de un prolongado *chis...* que sale de todos los labios, comienza á gritar no sé qué cosa.

Terminado el canto, todos aplauden entusiasmados, y la niña, de todos los colores como el arco iris, hace una reverencia y sola tambien vuelve á su sitio, donde recibe muchos apretones de algunas manos sudosas, pues debo advertirte, aunque ya supongo que lo sabrás, que una de las ventajas de este baile es poder ir con la camisa puesta de la semana anterior y sin guantes.

Terminado este pequeño paréntesis, continuaremos la pintura.

—Que toquen unas habaneras, grita uno de los estudiantes de medicina.

Y Pascualita se dirige al piano y comienza á tocar la popular de «No me llesves á Pol.»

¿Qué decirte de las habaneras?...

Aquí podia estenderme mucho, pero me contento con poner puntos suspensivos.

Para algunos eso basta, y á los que no...

¿Para qué hacer perder á nadie la inocencia, esa preciosa flor cuyo purísimo aroma embriaga el alma, y cuya pérdida es tanto más deliciosa cuanto es más fácil de perder.

A las habaneras siguen las mazurkas, las redowas y algun que otro wals de tres tiempos.

Dan las once y media en un reloj de pesas que hay en el gabinete, á cuya hora las mamás dejan las cartas, echan sus cuentas, ven lo que cada una gana ó pierde, y se levantan poniendo en conmocion á la gente de la sala.

Y aquí empiezan los gritos, y los médicos se ponen de rodillas delante de las mamás pidiéndolas prolonguen la fiesta un poco más.

Y entra del brazo alguna pareja que ha estado refrescando por el pasillo, y que vuelven más sofocados que se fueron.

Los abrigos salen revueltos, los sombreros apabullados; y despues de media hora

en que todos han gritado á la vez, tiene cada uno lo suyo... salvo algunas ligeras excepciones.

Ya comienzan á bajar la escalera.

Algunas veces, para completar la función, tiene alguno la feliz ocurrencia de apagar el farol de la escalera, y... esta es la parte más divertida de la función.

Todos gritan... y nadie se entiende. Las mamás gruñen, los papás se enfurecen y las niñas se rien.

Por fin salen á la calle, donde despidiéndose todos, marcha cada uno á su casa.

Y aquí termino mi primer boceto; si no te ha gustado, perdóname.

BOCETO SEGUNDO.

Baile del candelabro ó de agua y azucarillos.

Estoy, querido lector, con la pluma en la mano media hora hace, sin saber por donde comenzar mi segundo boceto.

Son tantos los bailes de candelabro, y tan pocos detalles característicos tienen, que no sé que hacer para que mi dibujo no te parezca débil.

¿Por dónde comenzar?

No lo sé; lo confieso ingenuamente.

Tentado estoy de llamar en mi ayuda á algun fotógrafo y arrinconar mis trebejos, haciendo uso de su máquina.

Pero no me atrevo.

Tú me exigirías, y con razón, un cuadro, que es lo que yo te he prometido. La fotografía presenta las figuras sin vida, sin animación, y tú querrás que te presente estos estudios con un poco de colorido.

Y para el presente boceto me va á ser difícil hallar blanquete ni bermellon suficiente... cada figura lleva en la cara una perfumería.

¿Qué hacer?

Mojar en esos estucados rostros mi pluma y poner aquello de «si sale con barbas San Anton, y si no la Purísima Concepcion»...

Despues, salga lo que Dios quiera.

Buscando estoy hace una porcion de tiempo un Director, un ministro del Tribunal Supremo, ó cosa por el estilo, para presentarte en su casa, previo anuncio, pero no le encuentro, y me va á ser preciso manchar un lienzo para que puedas formar-te idea de lo que son los bailes de candelabro.

Es el más general, y por consiguiente la falta seria mas notada si me olvidara de incluirle en mis bocetos.

Hoy el verbo recibir, en el sentido de dar reuniones, es de los más usados.

—D. Fulano recibe esta noche.

—Margarita no recibe mañana por esto ó por lo otro...

De suerte que los madrileños pueden dividirse en recibidos y recibidores.

Lo primero que hoy exige una señora en una casa, no es que tenga poca escalera, ni sol de Mediodía, ni que esté en punto céntrico... sino que tenga un buen recibo.

Una sala con dos gabinetes es el bello ideal de las mujeres y la desesperacion de los maridos.

Que no tenga luz el despacho, que sea chico, y por añadidura frío... ¿qué importa? Hay buen recibo y eso es lo esencial.

Y la señora que quiere recibir necesita tener donde...

Hé aquí explicado el por qué las señoras suspiran por un buen recibo.

El pobre marido oye triste á su esposa, cuando ésta, mayor de cincuenta años, dice que las niñas necesitan colocarse y para ello recibir una vez á la semana; ó menor de veinticinco, y le participa que Luisa, compañera suya de colegio y que se ha casado un mes antes que ella, recibe los martes, y que ella no puede ser menos, etc., etc.

El pobre marido, mansísimo cordero, oye, otorga y... paga.

Estas son generalmente las causas que dan por resultado el baile de candelabro.

Por lo demás, sea su origen cual fuere, en nada varía en la forma ni en el fondo.

Siempre lo verás reproducirse periódicamente una vez cada semana y en un día determinado en alguna casa de la clase media.

Las habitaciones de recibo son una sala más ó menos grande y uno ó dos gabinetes más ó menos chicos.

Los convidados varían de veinte á cincuenta, según las dimensiones del local.

En este número está incluida la tapicería, vulgo mamás.

Su sello peculiar es la libertad y la confianza, sin faltar no obstante á nadie ni por nada, y guardándose el decoro debido.

El sexo bello, en sus diferentes edades y estado, asiste con traje de calle; el fuerte, de chaqué ó levita inglesa, algunos de pantalon claro, y los menos, excepto la noche de la presentación, de frac.

La casa suele estar bien puesta, y las habitaciones bastante alumbradas.

Las arañas generalmente no se encienden, únicamente los candelabros de pared y los de las chimeneas y consolas.

En la antesala suele haber un criado y un par de doncellas de labor. Los primeros abren la puerta y recogen á los caballeros sus sombreros y gabanes ó capas; las se-

gundas conducen á las señoras al tocador donde dejan sus abrigos y toquillas.

En estas reuniones se canta, se toca, se baila y se leen versos, habiendo siempre un danzante que, primo ó amigo íntimo de la casa, á todos fastidia con sus tonterías y hay precision de reirse de sus sandeces.

Estos son sus caracteres principales.

Acompáñame ahora, y te presentaré en una casa donde podamos estudiarle juntos.

D. Tadeo, abogado bastante acreditado, posee, además de su bufete, una renta modesta, pero suficiente para cubrir sus necesidades. Ha aprobado la resolución de su esposa doña Quiteria, que cree que las niñas se están pasando, y deben ver si viniendo algun pollo á la casa se interesa, y al fin... se enamora y se decide á llevarla á la Vicaría.

Consecuencia: una reunion.

La noche de la inauguracion está mas bien incluida en el siguiente que en el presente boceto.

Pónense las niñas de acuerdo con algunas amigas, y señalan un dia de la semana para bailar.

Reúnense el dia convenido entre nueve y diez y media las amigas y amigos íntimos, los cuales presentan á otros... y á otros. Así va aumentando el número hasta que como en los ómnibus del vecino imperio, tiene la señora que decir complet, ó lo que es lo mismo, ya no cabe más.

Las mamás están en un gabinete al lado de la chimenea, sentadas en sendas butacas; y los señores mayores en otro gabinete ó en el despacho jugando al tresillo, y los pollos y pollas en la sala bailando, hablando y riendo.

Generalmente las niñas de la casa saben tocar, y comienzan con un rigodon que bailan los convidados.

Y aquí es de ver cómo la señora de la casa y las niñas piden á Fulanito, con quien tienen mucha confianza, que saque á alguna que escondida en un rincón, y relegada al olvido por su fealdad ó estupidez, recibe generalmente el nombre subrayado, y hace al pobre que con ella tiene que bailar sufrir lo que no es decible.

Indudablemente, cuando se escribieron las Obras de Misericordia no debia de haber reuniones ni mujeres feas, pues entonces hubieran dicho:

«La primera, bailar con la que no sabe, es fea ó estúpida, y no sabe hablar.»

Despues del baile, es de precision un intermedio... y recitar versos.

—¿Usted creo que hace versos? le suelen á uno preguntar, como si hacer versos fuera lo mismo que hacer un dobladillo.

Cada vez que me dirigen esa pregunta tiemblo como un azogado.

Por la prosa puedes calcular qué tales serán mis versos; añade á esto que los recito peor que los hago, y que me pongo colorado como una amapola apenas me hablan de recitar, y puedes calcular el efecto que me hará ponerme en medio de una sala á decir seguidillas ú octavas reales (tan malas son las unas como las otras); añade la suposicion de que los que te oyen deben entender algo de poesia, y concluye porque apenas ha dejado de oirse tu voz, comienzan los aplausos y alguna que otra sonrisa burlona de quien haya entendido á quien te refieres al hablar de Filis ó de Lesinda, y dime si hay mayor calamidad que decir versos.

—¡Ah! sí. Que te pida copia una mamá para llevárselos á su marido, «que es muy aficionado á esas cosas;» y el que te mande su álbum una mujer fea.

Todo reunido...

Son preferibles las plagas de Egipto.

Despues de la poesia sigue la música.

Aun resisten los aplausos de las enquantadas manos, cuando comienzan los dulces acordes producidos por las vibraciones de las cuerdas, heridas por las teclas que mueven rápidas unas blancas y puras manos.

La mujer es un ángel.

Todo lo que de su mano brota tiene que ser celestial.

Y ¿qué cosa más celestial puede producir una mujer, que esas notas dulces y melancólicas?...

Un nocturno que brota de las manos de un ángel, una barcarola que murmuran los labios de un querubín...

Esto no puede pintarse.

Necesita ser sentido... y para esto basta oirlo.

¿Y quién de vosotros no ha oido á alguna madrileña tocar ó cantar algun trozo de ópera?

¿No habeis notado que en esos momentos todos los labios se sellan, todos los ojos se fijan en quien hiriendo las cuerdas del piano produce esos divinos sonidos que conmueven nuestras almas?

Esta parte no cabe en mi boceto.

¡Lo divino se concibe, pero no se espresa!

Despues de la poesia y la música vuelve el baile.

Nadie se acuerda de aquel sábio consejo de:

—«¡Oh jóven que estás bailando, al infierno vas saltando!»

Y algunos, aunque se acuerden, es posible que deseen, si han de estar exacta-

mente lo mismo que en mi boceto, bajar lo más pronto posible.

Ya está casi terminado el cuadro, y tal vez haya algunos, pocos, muy pocos serán, los que no sepan por qué le doy el nombre de *baile de agua y azucarillos*.

Tómese, quien no lo sepa, la molestia de seguirme al comedor, donde está una de las señoritas de la casa con dos amigas suyas y tres pollos que las han acompañado desde la sala dándoles el brazo, y verá destacarse sobre la mesa una gran bandeja con azucarillos, y á cada lado otra de copas con agua.

Y cerrando este pequeño paréntesis, volvamos al salon donde están concluyendo el cotillon.

Es la una y media.

Es preciso marcharse á descansar y dejar á los señores de la casa que hagan lo mismo.

Las señoras recogen en el tocador sus abrigos, toman los caballeros los suyos y los sombreros, bajan la escalera dando los hombres el brazo á las señoras, y despidiéndose á la puerta, se dirige cada uno á su casa.

Se me ha olvidado decirte que uno de los caracteres peculiares de este baile es el estar todos los muchachos y muchachas arreglados.

En la sala todos son parejas.

Pocos son los hombres que se presentan en estas reuniones que no lleven algun interés.

¡Todo lo vence el amor!

Palabra sacramental con que me despidió hasta el boceto siguiente.

BOCETO TERCERO.

Baile de araña ó the con emparedados.

Pesaroso estoy, querido lector, de haber prometido dibujar los bailes en sus diferentes manifestaciones, pero ya no puedo retroceder, sino continuar mi tarea como Dios me dé á entender.

¿Cómo saldré del presente boceto?

No lo sé.

Los dos hasta ahora dibujados han sido muy débiles.

¿Será efecto de que el agua no alimenta?

En ese caso el presente debe estar dibujado con más energía.

El chocolate, el the, los quesitos helados, los manguitos, los emparedados, etc... alimentan más que el agua y los azucarillos.

¿Bastará esto para dar más animacion al cuadro?...

Allá lo veremos.

Hasta tanto, ármate de paciencia, que es la coraza que más necesitamos los españoles, y ten la bondad, si crees que lo merece, de acabar de enterarte de mis bocetos.

Para mejor comprender el *baile de araña*, mejor dicho, para presentarlos con más exactitud, haré de ellos dos subdivisiones; es decir, que el mismo lienzo le dividiré en dos, por medio de una raya vertical y verás más distintamente las figuras.

Ten la bondad de venir primeramente conmigo á casa de D. Tadeo, en la cual dibujé mi anterior boceto, y allí embadurnaremos medio lienzo, pasando luego al palacio del conde de la Amapola á dibujar la otra mitad.

Es el santo de D. Tadeo y cae precisamente en el mismo día que *toca recibir*.

Se ha celebrado consejo de familia y ha habido una acalorada discusion sobre lo que debe hacerse, decidiéndose por unanimidad de votos, con gran contentamiento de las niñas, despues de tomar en cuenta una porcion de consideraciones expuestas por doña Quiteria, entre las cuales figura siempre la cuestion económica, *dar un the*.

Semejante decision ha puesto en conmocion á todos los de la casa, pues desde el momento de decidirse, un mes antes de realizarse, están todos en un pié como las grullas.

La doncella no hace más que ir y venir de casa de la modista á la del zapatero, y de aquí á otras partes.

Los criados están todo el día del Suizo á la Mahonesa, y de aquí á casa del litógrafo y del tapicero, el cual tiene que arreglar algunos pequeños detalles.

Ocho dias antes del de la fiesta, el dependiente de D. Tadeo ha puesto los sobres á las esquelas de convite, teniendo á la vista una lista que su *principal* le ha dado, en que están todos sus conocimientos puestos por orden alfabético.

Despues de puestos los sobres se les dan á los criados para que las repartan; si fuere diputado ó senador, los depositaria en el buzón del Senado ó del Congreso, y serian los carteros los encargados de llevarlas á domicilio.

Llega, por fin, el anhelado día, y... todo está dispuesto.

Los números para los abrigos están hechos y perfectamente ordenados; las arañas tienen grandes bujías...

Todo está preparado para la fiesta.

Es preciso comer á las cuatro, pues á las seis han quedado en venir los mozos del ca-

fé á arreglar la mesa, y es necesario que esté el comedor dispuesto para esa hora.

El afinador, mientras comen los señores, pega de puñetazos al piano, y rompe alguna que otra cuerda, amenizando la comida con un delicioso sonsonete.

Y acaban de comer y de arreglar todas las habitaciones.

Dan las siete; viene la peinadora, y la mamá y las niñas comienzan su tocado, y el papá y los hijos se van á la peluquería á afeitarse y á rizarse el pelo.

Acabada la *toilette*, toca el turno á vestirse.

Las niñas se adornan poniéndose cintas, flores y mariposas; la mamá se empegila, y se pone un medio aderezo de brillantes, que le regaló D. Timoteo cuando se casaron, y cuya hechura no es hoy muy de moda.

El sexo feo se embute en unos pantalones negros, se pone una almidonada y lustrosa camisa, un chaleco de dos botones, una corbata negra, ancha ó estrecha segun la moda, y termina poniéndose el *frac*, que es, digámoslo así, la prenda que en los hombres simboliza esta clase de reuniones.

El sexo bello asiste con traje alto de seda, las pollas de un color muy claro, y las mamás de un precio muy subido.

A las nueve ya están encendidas todas las luces, arreglado el tocador para las señoras, dispuesto el despacho para que los caballeros fumen, y cerrado el comedor para que ningun indiscreto se tome la libertad de comer un dulce ó desadornar el ramillete del centro.

A las nueve y media van llegando los amigos de más confianza.

Las señoras van al tocador donde dejan sus abrigos y las entregan un número para que los recojan despues, y los caballeros hacen el mismo cambio en el recibimiento, aplastan el *cloc*, y entran triunfantes en el salon acabando de meterse los guantes.

Los dueños de la casa con una paciencia superior á todo encomio, y de que no hay ejemplo en los fastos de la historia por ser los *bailes de araña* hijos del presente siglo, estrechan la mano de todos los convidados recibiendoles con cara risueña, del mismo modo que al infinito número de presentados.

A las once está la reunion en todo su esplendor.

El piano ha sufrido por espacio de más de una hora un sin número de puñetazos que le ha suministrado un músico que por treinta ó cuarenta reales está tocando desde las nueve de la noche hasta las cinco de la madrugada, todo lo que quieran y él

sepa, pues no siempre se consigue hermanar estas dos condiciones.

Termina en este momento una *polka* y me parece el momento más oportuno para trasladar al lienzo algunos detalles.

Aun se escuchan las últimas notas del piano. Ninguna pareja baila ya, y todos unidos del brazo buscan una silla donde sentarse.

Esta es la ocasion de sorprender algun diálogo.

—¿Me quieres? dice un pollo á una rubia con tirabuzones, en el momento que ésta se suelta de su brazo y toma asiento en un sofá.

—¡Más que á mi vida! le contesta la aludida, dirigiéndole una lánguida mirada capaz de conmover el más endurecido corazón.

Y ambos se separan dibujándose en sus labios una tierna y amorosa sonrisa.

—Hemos concluido, Ricardo: dice á un pollo otra *idem* al tiempo de sentarse.

—Como Vd. guste: contesta el ex-amante. Y se separaran haciendo un gesto de indiferencia.

Y de este modo podria, repitiendo las últimas palabras de cada pareja, darte á conocer, poco más ó ménos, su conversacion durante el baile.

¡Qué cosas sabriamos!

¡Cuántas calabazas maduradas en una hora!

¡Cuántas ilusiones perdidas en un minuto!

¡Cuántas encantadoras realidades!

¡Cuántas venturas y cuántas desgracias!

El verbo *amar* conjugado en todos sus tiempos.

Este es un *baile de araña*.

Aunque no solo este verbo es el que predomina.

El verbo *presentar* es otro de los de que más se abusa.

—Me van á presentar.

—Me han presentado.

—¿Me quieres presentar?

—Luego te presentaré.

Y así sucesivamente.

Si por un momento abandonamos el salon y nos vamos al despacho ó al gabinete donde están los caballeros, hallaremos muchas cruces sobre algun podrido corazón, y guantes muy limpios tapando manos bastante sucias; no faltando alguna notabilidad en ciencias, artes ó milicia, tal cual aristócrata ó ministro cesante, agente de Bolsa ó capitalista; discutiendo largamente sobre política; resolviendo con la mayor facilidad las más árduas cuestiones; produciendo el desenlace de los más intrincados problemas políticos.

Tambien se habla del último proyecto

de Hacienda, y de la más reciente operación del Banco de España, no faltando quien despues de todo esto juzgue la última comedia de Breton ó Eguilaz, ó algun libro de Zorrilla ó el conde de Chestre.

Algunas veces se juega al *tresillo*, pero esto en nada altera la esencia de la conversacion, variando solo la forma, pues en vez de hablar recostado en la tabla de la chimenea con un *londres* en la mano, se hace sentado en una silla y echando una carta sobre la mesa.

Algunas veces se leen versos, pero no por principiantes, como en el *baile de candelabro*, no. Aquí se exige para *presentarse á recitar* un puesto ya conquistado en la república de las letras, aunque esta conquista haya sido muy bien un asalto, y aun algunas veces una usurpacion, y muchas un capricho del público.

Lo que sí es de rigor en estos bailes, es que dos ó tres acreditados pianistas ejecuten alguna *pieza*, y que cante alguna que otra notabilidad.

Esto último, por supuesto, en italiano.

Terminada la lectura de los versos, y despues que los músicos han lucido su agilidad de dedos ó flexibilidad de garganta, y de que los *pollos de ambos sexos* se han sofocado y cansado de tanto saltar y brincar, llega el anhelado momento...

¡El momento de abrirse la puerta del comedor!

¡Este momento es delicioso, sublime!

La primera *mamá* que el señor de la casa lleva del brazo á *tomar un the*, produce en aquella *coleccion* de hombres con frac y mujeres con vestidos de seda y gasa, el mismo efecto que la primera peseta arrojada entre una multitud de granujas en el bateo del bautizo del hijo de un grande.

¡Allí no hay artistas ni aristócratas!

Lo mismo el poeta que ha leído unas octavillas á la primavera, que el filósofo que toda la noche ha estado pensando en los *yoys positivos* allí reunidos; del mismo modo la pollita que ha regalado media docena de calabazas, que el estadista que ha estado calculando los minutos de trabajo que toda aquella gente pierde ó invierte en bailar, proporcionando una considerable disminucion en la riqueza pública, se codean por entrar en el comedor.

Todos allí pierden su gravedad ó su sonrisa y se igualan ante una taza de the y una bandeja de emparedados.

El artista se olvida de la gloria, el poeta de las musas; la polla de sus adoradores; el sesudo político del salon de conferencias y del Casino; el sábio de sus libros, y hasta el *ama de casa* se olvida de regañar en aquellos críticos momentos!

¿Qué la importa á la *polla* escuálida enseñar una enorme boca al *pollo* con que-

vedos que la mira con una ternura inesplicable, si puede comer á la vez una yema de coco, otra capuchina y una pera en dulce.

Aquí lo esencial es comer.

Y no comer como se quiera, sino comer á dos carrillos.

Conseguido este objeto, ¿qué importa lo demás?

En tanto, los señores de la casa, verdaderos mártires de su amabilidad, no han podido tomar un dulce, ni probar un quesito helado, teniendo que cuidar de que los criados sirvan el the, aunque no de animar á los convidados, que ya se cuidan ellos solitos del mejor modo posible.

Este es el momento en que como en la introduccion te decia, se llenan algunos de pastas los bolsillos del frac, habiendo, aunque esto es una rarísima excepcion, quien se guarda cosas más sólidas, aunque tambien más indigestas que los dulces.

Despues que cada uno ha comido todo lo que le ha parecido conveniente, van saliendo á la sala, donde se recuerdan las conversaciones interrumpidas, por no poder utilizar antes la boca para hacer dos cosas á la vez.

Vuelve el pianista á tomar posesion de la banqueta y á atormentar el piano; continúa el baile, y en este modo dan las tres, hora en que se comienza el *cotillon* final, que dura una hora, minutos más, minutos ménos, y despues comienza el desfile; las gracias al señor de la casa por el delicioso rato, por más que luego, aunque no sea cierto, digan que se han aburrido, y el «Vd. ha tomado posesion de su casa,» que tanto la señora como el señor tienen que repetir á todos los presentados.

Dánse los números, recógense los abrigos y bajan todos la escalera, apoyado el sexo débil en el brazo del fuerte.

Y de esta modo termina el *baile de araña* en las casas de la clase media.

Los señores, niños y señoritos, aburridos de *hacer los honores*, pues hoy se hacen honores como un vaso de zarzaparrilla, caen desfallecidos en un sillón, pensando no obstante en repetir la funcion á la primera ocasion que se presente.

Al comenzar mi presente boceto te dije que era necesario para poder *detallar* mejor las *figuras* dividir en dos el lienzo y presentar el *baile de araña* en cada mitad, representando una de las clases de la sociedad en que se verifica.

Usando una fórmula matemática te diré que:

*El baile de araña es á la aristocracia, como el de candelabro á la clase media.*

Efectivamente, así como este tiene lugar

periódicamente en casa de D. Tadeo, el *the dansant* se reproduce todas las semanas en el palacio del conde de la Amapola; que amueblado con suntuosidad, no necesita ninguna visita del tapicero para recibir dignamente á los convidados.

Tampoco el conde tiene que encargar el *buffet* con anticipacion, pues sus reposteros son suficientes para cubrir la mesa de las pastas, pasteles y dulces más delicados, haciendo los sorbetes más esquisitos y no necesitando bagillas ni teteras del Suizo.

El número de criados tambien es mayor y no te reciben de levita, chaleco y pantalón de color como en casa de D. Tadeo, sino de frac y corbata blanca.

Por lo demás, prescindiendo de que aquí hay más salones, de que estos son mayores y están adornados con más lujo que los de casa de D. Tadeo, el *baile* en nada se diferencia.

Ni por sus trajes, adornos y modales distinguirás á la hija del abogado, á la esposa del médico que ha asistido al baile de don Tadeo, de la hija del duque ó del conde de Tal, ó á la mujer del banquero H, que ves en casa del conde de la Amapola.

La conquista del siglo ha sido igualar las clases.

La célebre frase de Luis XIV de «Ya no hay Pirineos!» ha sido sustituida por el formidable grito del siglo XIX de «Todos somos unos!»

Hoy la ley á todos los iguala.

Los privilegios han desaparecido, y los fueros pertenecerán pronto á la historia.

En efecto, hemos visto en casa de don Tadeo á algunos títulos y grandes de España á quienes la clase media trataba de potencia á potencia, y en casa del conde de la Amapola vemos hombres sin más fortuna que su carrera, su talento y su trabajo, á quienes el duque más empergaminado el más opulento banquero estrecha la mano con efusion, le pide un favor si le necesita, y le abre por completo su corazon y demuestra la más amplia confianza...

Pero dejemos aparte inútiles digresiones, y presentemos las diferencias más notables de esta clase de bailes en sus dos subdivisiones.

En el salon no hay diferencia ninguna. Los mismos bailes, las mismas conversaciones. Todo igual.

Lo único que varian son las personas.

Si vamos al salon donde los caballeros hablan y fuman, oiremos las mismas conversaciones que en casa de D. Tadeo. Lo único que varian son las personas.

El número de notabilidades es mayor, y el de cruces prodigioso, habiendo muchos que ostentan orgullosos la de Isabel la Católica, que se creó para grandes servicios prestados en Ultramar, y que no se han

embarcado más que en el estanque del Retiro, ó cuando mucho han dado un paseo en la playa de San Sebastian, ó hecho la travesía de París á Sevres por el Sena.

¿Pero esto qué importa?

¡Adorna tanto una cruz pendiente del ojal de un frac!

La hora del *buffet* es idéntica; algunas veces se sirve en el mismo salon del baile, llevando los criados los ponches, dulces y sorbetes en magníficas bandejas de plata.

En este caso, no sé si por respeto á los criados, se moderan un poco los famélicos instintos de los convidados.

Y por fin, despues de bailar el *cotillon*, se retiran los concurrentes hasta igual día de la próxima semana.

Tal es el *baile de araña*, en sus dos distintas manifestaciones. En ambas es igual en la esencia, solo los convidados varian, y siempre salen suficientemente alimentados para esperar la siguiente reunion.

Ten tú paciencia, querido lector, y prepárate para leer mi siguiente artículo.

BOCETO CUARTO.

Iluminacion general ó baile con buffet.

Ya finalizo mi tarea.

Ya con el presente *boceto* termino mi galeria, que aunque no muy numerosa no por eso es buena.

He recorrido todos los salones de la coronada villa y no he hallado asunto para *embadurnar* más lienzos.

He visto algunos bailes, que aunque en su forma no caben en ninguno de mis cuatro *bocetos*, en el fondo están incluidos en algunos de ellos.

Hay algunas casas donde se recibe semanalmente, que en rigor son *bailes de candelabros*; no obstante los señores de la casa quieren *entonarlos* más, y resulta, que no llegando á ser *bailes de araña* forman una clase intermedia, que teniendo todos los defectos de los dos sin ninguna de sus ventajas, viene á ser la caricatura de ambos. Y así como no he hallado más que estas cuatro especies y hubiera tenido para aumentar el número de mis *bocetos* que crear una quinta, en cuyo caso no hubiera ya sido *estudio del natural*, me parece que habria dejado un gran vacío si de alguno de ellos me hubiera olvidado.

Una noche, estando sentado tomando café en el de *La Iberia*, lei en *La Correspondencia* el siguiente suelto:

«Con motivo de ser el día 23 de Enero

el santo de la Excm. señora condesa de la Amapola, se celebrará (un gran baile en su palacio. Ya han comenzado las obras de decoracion y adorno, y á juzgar por los preparativos, ha de ser una de las fiestas que hagan época... etc., etc...)

Este párrafo en el periódico de los bombos, llamó mi atención y me hizo pensar en asistir al baile para poder después dibujarle y completar con él mi preciosa colección.

Aquí conviene advertir que yo no iba á casa del conde la Amapola, donde, como verás más adelante, me presentó un amigo, pero como todavía faltaban dos meses para el 25 de Enero, y fui á algunos bailes anteriores al presente, y que eran como el anterior, he podido en una misma casa dibujarte ambos.

Dado este detalle, á mi entender bastante esencial, continuemos nuestra obra.

Un mes faltaba para la fiesta, y á juzgar por los preparativos, podía decirse con justicia que nada había exagerado la ex-competente.

La escalera y el portal se estucaban y cubrían de macetas, convirtiéndose aquel centenar de piés de terreno en un verdadero Eden.

Los tubos del gas trepaban por las columnas y se extendían por las cornisas de la fachada, y un millar de pequeños mecheros formaban en cada balcon caprichosos rosetones y preciosas cifras con las iniciales de los condes, destacándose en el centro su escudo de armas.

Interiormente, media docena de tapicerías adornaban los salones desplegando la mayor actividad. Las arañas, relojes y candelabros que habían de sustituir á los que ordinariamente adornaban los salones llegaban de Paris, viéndose continuamente algun carro descargando enormes cajones á la puerta del palacio.

En los cafés, en los saloncillos de los teatros, en los paseos, en todas partes no se hablaba de otra cosa que del baile del 25 de Enero.

Los que tenían la dicha de contarse entre el número de los convidados eran envidiados de los demás.

Yo me contaba entre el número de los no convidados, pero me propuse asistir y busqué y hallé un amigo que lo era también del conde.

—¿Me presentarás? le dije.

—No tengo inconveniente, me contestó. Ese día no admiten presentados, pero podemos ir el día que quieras de visita, te presentaré, y de ese modo puedes asistir á los *thes* que dan los sábados. Son los que he pintado en mi boceto anterior.

Quedamos convenidos en qué, al día siguiente á las tres, iríamos á hacer la visita.

A la hora dicha, esperaba yo impaciente en la repostería del Suizo, á que mi amigo llegara.

Llegó y nos dirigimos al palacio.

El conde no estaba en casa, y nos recibió la condesa con gran amabilidad, diciéndome al despedirme que había tomado posesion de mi casa, y que esperaba no fuese la última vez que con mi presencia la honrase, añadiéndome que los sábados se reunían unos amigos de ambos sexos á tomar *the*, y que esperaba tuviese la bondad de acompañarles.

Comprende, tú, lector querido, qué efecto producirían en mí semejantes invitaciones.

Un angel, suplicando de ese modo, sonriendo dulcemente y hablando con tanta dulzura.

Es el colmo de la felicidad.

Después me pidió con una gracia superior á toda ponderacion, una targeta para tener las señas de mi casa y mandarme la eskuela de invitacion.

Dila con inefable placer y salí del palacio fascinado por el lujo de las habitaciones, y más aun por los encantos de su moradora.

Fuí el sábado siguiente, y allí estudié la segunda parte de mi anterior boceto.

Seguí yendo todos los sábados.

Un mes después, medio antes del día del baile, recibí una carta perfectamente litografiada en magnífico papel, en la cual los condes me convidaban para aquella solemnidad...

Llegó el anhelado momento.

Desde las once, dos hileras de coches semejantes á las que por Carnaval atraviesan el Prado, entraban y salían respectivamente por las dos puertas del portal del palacio.

Dos porteros que por su inmovilidad parecían dos estatuas; por sus trajes, los bisabuelos de los condes, y por su baston con enorme porra de metal blanco, y por la postura un tambor mayor en una formacion, guardaban, digámoslo así, la mármorea escalera, cuyo centro estaba cubierto con una magnífica alfombra, y sobre cada peldaño se ostentaban preciosos tiestos guardando en su recinto arbustos enanos, cuyo delicioso aroma embalsamaba el espacio.

Al llegar á la antesala, una multitud de criados puestos de frac y corbata blanca, que en nada por consiguiente se distinguen de los convidados, recogían á estos los abrigos y les entregaban una placa de metal con un número, levantan el portier y pasas á un salon, y de allí á otro y así sucesivamente atraviesas media docena de habitaciones suntuosamente amuebladas y alumbradas con tal profusion, que Febo hubiera ocultado sus cabellos

de oro avergonzado de tan esplendente luz, si se le hubiera ocurrido asomar la faz á aquellas horas.

Afortunadamente las cosas siguieron su curso natural, y no hubo que lamentar los desastrosos efectos que semejante rivalidad hubiera podido producir.

Llegué por fin después de atravesar media docena de salones á uno mayor que los demás, pero adornado con el mismo lujo que todos.

Un enorme lacayo vestido como yo levantó el portier para darme paso, anunciando con una voz que él comprendía podía haber sido bastante fuerte, pero que se iba enronqueciendo de tanto chillar.

Mas de doscientas mujeres de las más lindas, distinguidas y conocidas en la corte, ocupaban el salon principal y lucían su torneado cuello y aun algo más, gracias al escote un poco exagerado, demostrando también que en el presente siglo la perfumería ha sido una de las industrias que más han progresado.

Doble número de hombres, que cualquiera hubiera confundido con los camareros de una fonda, si en vez de llevar el *ctas* debajo del brazo hubiera ostentado la servilleta sobre el hombro, cruzaban todos los salones ó se paraban á dirigir alguna galantería ó tal cual mirada indiscreta á alguna *individua* del bello sexo.

Un baile de esta especie no es un cuadro de costumbres como los anteriores, donde adivinas los usos, el modo de ser y hasta la posicion pecuniaria de cada uno. No.

En un baile de etiqueta nadie se conoce. Los hombres todos uniformados con el frac y la corbata blanca.

¿Quién sabe las miserias que el frac esconde?

¿Quién puede adivinar por el traje la fortuna de cada uno?

Que la botonadura sea de brillantes ó de marfil nada indica. Hoy tan elegante es lo una como lo otro. Las mujeres pueden haber alquilado los brillantes que sobre sí llevan. ¿Quién puede adivinar si una mujer ha comido ó no hace ocho días, y si no ha ido en todo el año al teatro para poderse comprar un vestido y alquilar un aderezo? Nadie.

El observador más perspicaz, el hombre más estudioso creería al entrar en uno de estos salones, donde la opulencia ha tendido su brillante manto, hallarse rodeado de todas las reinas y princesas del universo...

Cada mujer lleva sobre sí una fortuna que bastaría para hacer feliz á una docena de desgraciados.

¡Cuántos infelices, muchas veces, no roban su último pedazo de pan, para todos

estos despojos reunidos convertirlo en un collar ó una pulsera!

¿Cuántos no tendrán cama donde acostarse, y no habrán podido comer en dos días, mientras esta gente derrocha un dineral para lucir cinco horas su vanidad!

Peró dejemos apreciaciones filosóficas que no son aquí oportunas, aunque siempre es bueno consagrar un recuerdo y una lágrima al que padece mientras nosotros gozamos, y veamos lo que por los salones ocurre.

En estos bailes por do quiera se oye:

—Felices noches, duque.

—Adios, marqués.

—A los piés de Vd., baronesa.

—Hasta luego, conde... y así sucesivamente.

Cualquiera diría que hay allí más títulos reunidos que los apuntados en la Guia de forasteros.

El número de notabilidades del sexo feo es también asombroso.

A cada media vuelta tropiezas con un general, un ministro cesante ó en activo servicio; un jefe de partido, un distinguido tribuno; no faltando los primeros diplomáticos, los poetas y criticos más distinguidos, y los hombres más acreditados en todas las carreras.

En una palabra, allí se hallan reunidas todas las aristocracias, hallándose representada la alta banca de un modo honroso.

¿Cuántos capitalistas en presente, pretérito y futuro!

Si vais al salon donde juegan ó fuman todas estas notabilidades, oireis echar millones y arreglar á Europa y el mundo entero con la misma naturalidad que en el salon de baile hace una amorosa declaracion un empaquetado pollo, y con la misma sangre fria con que le da calabazas una polla rubia que podía confundirse con una bacalada, si este animal fuese *mamífero*, aunque tenía que ser muy poco desarrollado para que hubiese paridad.

En estas reuniones, generalmente no se hace más que bailar; cuando mucho una notabilidad de primer orden—en estos bailes todo es notable,—toca el piano ó el violin, y algun afamado artista canta algun *aria* de cualquier ópera.

La música no es aquí, como ha sido en todos los bailes anteriores, un piano, no; es una orquesta que el público no ve, distinguiendo solo sus armoniosos acordes.

Cualquiera creerá al ver todo esto que á estas reuniones de pura etiqueta, van la gente joven únicamente á bailar y á hacer el amor, y los respetables señores á jugar al *wistk* ó al *ecarté*, y á hablar deempréstitos y cambios de ministerio.